Donde reposa el sueño de las orquideas

Andrés Fernando Castaño

Capítulo 1

Donde reposa el sueño de las orquídeas

Poemario

Andrés F. Castaño

© Derechos reservados de autor

www.autoreseditores.com

A la memoria de mi abuelo, Hernando Suárez;

A mis padres, por dejarme ser

Paseo nocturno

La tarde canta una música exquisita de violines

Rasga la líquida campana de viento.

Por lejanías de sueño y azabache,

El día se deshace en fragmentos sucesivos
Miríadas que roban al tiempo
Sus clepsidras doradas.
Titila la embriaguez en el supermercado
Bebiendo del rocío de la arena.
En el cementerio brumoso de los recuerdos
Donde la hoz de la muerte es inocua
No temeremos a nuestros pasos ciegos
Ni al rastro circular de la sombra que deshace sus ecos.

El tiempo cojea y devora angustias
Otea miserias ajenas desde las ventanas
Como un viejo de las novelas de Kafka.
Rostros ebrios que ya no pueden verse en los espejos
Porque destrozan y siembran
Higueras amargas, frutos de la duda.
Las angustias aguardan,
Por los prisioneros de su propia voluntad
Y no creemos: somos.
La embriaguez purifica las heridas,
Alimenta las esperanzas de ser breves y perfectos
Como un haikú.
Los atardeceres seguirán

Trazando arreboles

Olores patéticos,

Cuartetos que trazan fugaces

Esculturas sin rostro.

La luna arriba a su puerto infinito

Cuando pienso que en mi reinado delirante,

Las estrellas fungirán como coronas.

Canción de las muchachas extravagantes

A Lorenzo Jaramillo

Jirones de harapienta luz y colibríes de flores amarillas

Trazando su ceniza entre perfiles moribundos

De semen, sangre y muerte.

Un frágil tinglado de cuerpos se desmorona

Y trae súbitamente olores de sándalo donde se fugan las manos.

Todavía su voz es un arroyo seco,

Un mediodía,

Sordo rumor de aguas ausentes, espejismos.

En sus ojos líquidos y oscuros, a través del ventanal,

Los recuerdos se asfixian en la canícula de los pulmones:

Refulge un rostro, un esbozo, ascua

Celulosa oscilante que tañerá la luz

Cuando estés ausente:

La que pinta cegueras tanteando con sus manos de hiedra los ocasos.

Poco a poco van desmantelando

Esa galería amarilla en la trastienda...

Mientras el tonto furibundo declama

Lleno de ruido, su monólogo,

Un parlamento: la vida del artista en vilo

Esfumada como un trazo de Leonardo.

Romance del Guernika

Aquel año en que la lechuza olisqueaba tras los álamos

Y la inocencia era apuñaleada en el atrio de una iglesia

Dos vidas se cruzaron.

Se descubrieron los rostros, ciegos entre balas sordas.

Cuando la peste, hubo adormecido la lengua de los pastores

El horror trazó sus cuerpos geométricos

Las cruces de cal amenazaron

Tormenta en una tarde limpia de verano.

Los amantes deshojaron todos los pétalos;
Las tropas marcharon bajo el perfil de las caléndulas,
Y el roce tenue de tus cabellos
Hizo cantar al caballo y al toro escupir fuego.
En el centro la lámpara como un péndulo
Golpeo furiosa las cabezas como sal de Sodoma.
Redoblaron las campanas:
Los guardias con sus hisopos de acero
Hicieron abluciones sobre el pergamino de los jóvenes amantes.
De repente, hundidos en sus miradas de ébano
Durmieron al mismo tiempo en el sueño y la muerte.

El bosque y la muerte

En un bosque habita Dios.
Más allá de las manos laceradas por la caricia
Y las piedras, puede verse su perfil
Marcado por la cenicienta luz crepuscular.
Los pájaros otoñales pierden su rumbo
Y las hogueras azolvadas en su respiración
Son como niebla que se resiste a ahogarse en las lagunas,
O las breves exhalaciones del tiempo eterno de los moribundos
Que se fugan en sueños blancos.

Somos, Dios y yo, como la estatua reposando en la hiedra
Siempre viva durmiente,
Martillo quebrando el reloj en la noche de la muerte,
Tan vastísima que no cabría en ella.
Giran embriagándose como un derviche con su danza y ven tu rostro
Desfigurado por los labios ocre en las cortezas del árbol;
Tus ojos de asceta negro refulgiendo entre los lobos del odio
Aullando lastimero, defenestrada de su corona
Sin su poderoso cetro de huesos terrosos.

Estación

Un chorro de luz dispersa el polvo del vagón.
Afuera, el sol danza entre trigales
La tierra parece latir.
Como cuando camino por el prado
Y siento respirar la tierra bajo mis pies.
Los perros ladran en una síncope infernal
El cansancio pesa ya sobre nuestras cabezas brillantes.
Entre un parpadeo y otro, ha anochecido.
La falsa luz, como un sol impostor
Recorta los perfiles dentro de aquel sepulcro móvil:

«¡Fuera, perros judíos!», vociferan en limpio alemán.

El primer círculo.

Es un trecho tan breve, pero definitivo.

Lo sé: hoy un hombre ha hecho el gesto de la muerte,

Su índice trazó una línea a la altura del cuello.

Esa hoz, el pavor.

“Trabaja”, decía mi abuelo, “es lo mejor que hay”:

«Arbeit Macht Frei», reza la infame leyenda:

Vosotros, que entráis...

¿Y nosotros, Dios, qué haremos si perdimos la esperanza?

¿Seremos atravesados por la luz;

Humo, y luego, un puñado de cenizas;

O fatua espuma en el cuerpo de los otros?

Las Campanas

Doblaron las campanas blancas,

Las golondrinas volaron bajo, presagiando las alarmas

Mientras el verano oprimía la piel de los amantes.

Grabada en el eterno mármol del papel

La imagen núbil del joven poeta tísico

Inquieto por las musas

Desconoce la feroz brutalidad de la guerra.

Estremecido el corazón de Europa

Despierta por el estruendo del cañón elocuente,

El heraldo de la guerra.

Los vagones van repletos de carne de cañón

Un collar de lágrimas fluye por los dedos

De las pálidas novias y las madres.

Blancos pañuelos aletean como palomas

En las estaciones, despiden los trenes:

«Adiós, adiós a todo esto».

En la víspera, tras los últimos compases del baile,

Ellos sueltan las caderas de las muchachas,

Y empuñan los fríos fusiles, dan su pecho a la muerte.

Al alba, la llamada del fuego y los cañones,

Con sus voraces dentelladas de metralla, los consumirán.

Cual pabilos frágiles,

«Pero dulce y decoroso es morir por la patria».

Zumban las abejas metálicas en los oídos

Los estertores sordos de la asfixia por el gas venenoso

Ensordece los ojos y cercena las tibiezas de la memoria.

La muerte, se levanta incólume de las trincheras:

Esa negra segadora de cabezas imberbes,

Que arando por las campiñas de Verdún, siembra sus cruces blancas.
Su elocuencia vulgar de granadas y obuses
Traza ruinas por campos y ciudades,
Se deja oír, poderosamente
Entre las tapas de los ataúdes, las bocas y los tímpanos
Sellados con algodones humedecidos de sangre.
Pero la poesía embalsama a los muchachos muertos,
Como siempre vivas bajo las botas,
Los hará florecer en los nichos de las trincheras.
Cuando retornen los vagones mortecinos
Ya se anunciará el fango de otoño, el tiempo de la peste.

Espejismos en una noche de abril

I-Preludio

En la luz de los lirios se apagan las cenizas
De un mediodía:
¡Azur bruñido en los ojos del mártir,
Profundo como el rostro de las doncellas muertas del Magdalena,

Latente herida de la ciudad por su matriz!

Silencio al hundirse el puñal en el pecho del César

Negrura y sombreros:

¿Y la tormenta sobreviene entre las auroras?

Plomo y fuego; ceniza, mierda y muerte...

Así fue en el principio,

Más allá de la honda ceguedad en los tenebrarios,

Del terciopelo en las fauces de los leones,

A la una y cinco, gusto metálico en los labios

Y de las comisuras

Saldrán letanías de labios profanos recitando

Manos sucias y grasosas,

De arcilla, padecida y contrita.

¿Acarrean ahora las manos féretros rústicos como sordos carruajes?

¿La masa desamparada quemará sus exvotos de Fénix?

Huirán entre responsos de las vísperas,

Bajo la sombra del ascua de los cirios.

Cuando la tempestad golpeó cada cabeza,

Como piedras de granizo

Ya era demasiado tarde:

Porque la muerte fue una sola con su corcel.

II-Locutorio

La voz tiembla cuando se asoma al aire,
Ruge, dentellada feroz segando la garganta de la noche:
Como fantasma dolorido la voz de Dios se enreda entre la zarza
Y arde en su corazón.
El zorzal ofrenda su corazón al cuchillo,
Hay un dolor sordo en cada verbo
Como un presagio
O la pestaña abierta en el volcán de los dioses.
La sangre es oráculo en la tierra de sordos
Que arrancan con cucharas los ojos de sus hijos.
El cónsul desoye al arúspice en la víspera,
Los signos trazados en las vísceras de las bestias.
El caudillo sale al umbral y ofrece
Su preclara espalda al conjurado
Un disparo se repite,
Reverbera en un tiempo anguloso
Hiere la mejilla marmórea de la muerte.
El fuego crepita, morosamente,
Y las mascarillas mortuorias ya se fraguan.

III- El Incendio

El crepúsculo dilata sus dominios

Abre con su quilla la noche

Bruñida de ascuas volátiles entre un hedor dulzón.

Aurora boreal despedazada sobre botellas rotas

Y estandartes rojos en el mortuorio perfil de los oscuros montes.

Nudo de dormidas lenguas por el alma de las cañas

En su tierno veneno en que refulgen aristas de plata

Las diminutas cabezas,

Brotan en capullos de sangre.

Hierve el Tártaro.

Las aves negras hacen migajas el templo con sus picos.

Duermen bajo los pilares de sal y alzan vuelo bajo el plomo

En los dominios de la muerte.

El poeta de La Muerte

Y la muerte inocente

Igual que el colibrí perdido en un bosque de pinos

Pendía sobre las cabezas de terciopelo de las putas

Jack, escribe sus versos con el bisturí

Practica su obra de arte:

Delicadas incisiones

En las virginales yugulares.

“Johann, El Estrangulador de Viena”:

—Su madre, la puta—

«¿Por qué las mataste?», pregunta el fiscal del distrito:

—Limpio de oquedades la memoria.

En la cárcel, el delicado pájaro negro

Escribe poemas, cuentos y teatro.

Alguien abre la jaula

Y se declara al lobo inocente.

Pero la bestia no puede ser otra cosa que eso.

Once mujeres muertas,

Nueve ahocadas con cordones.

“Jack”, como le llamaban los americanos

Es condenado de nuevo.

Por la noche, repite el rito en la celda silenciosa

Del mismo modo que con las mujeres

Ata en torno al cuello su última y delgada corbata.

Al otro día hallan a Johann, el poeta,

Durmiendo con La Muerte, su querida amada.

Sibelius

Cuánta hondura por los bosques de tundra
En una noche larga y de sol interminable.
Las gaviotas alzan vuelo
Entre fiordos y montes helados,
Donde el sueño de primavera
De antiguos guerreros vikingos,
Se demora entre deshielos.
Flota una música nocturna,
El canto de cedro de los violines
Flautas ululando como viento glacial que trae rumores
Y rostros nevados trazan la línea,
Esa frontera que separa la muerte de la noche.
Espíritus como banderas ondean por la aurora de purpura polar.
Esta música, la melancólica cantilena de los fagotes
Son la sal, el alma de Finlandia.

La lámpara

En el hedor otoñal la luz ambarina
Ilumina los ojos azules del comandante del Lager.

Rumores de gemidos se tejen bajo la alfombra
La escena parece bella e intrincada como un tapiz medieval
Es el escarnio tejiendo su propia infamia con los dedos.
La memoria tibia que traspasa la pantalla
En la piel poco antes de fundirse,
Cascarón de fruto de invierno,
Eco lejano de placer y dolor.
El hábil escalpelo traza la forma infausta
Un resplandor de naranja sangrante
Adornaba la mesa en que se bebía champaña,
Irradiando aquel color ominoso
De la paleta de Átropos
Sobre el pavo y el caviar
Proyectándose su tinte sobre esas risas infantiles en la cena,
Durante el brindis del año nuevo
En la aciaga noche de San Silvestre.
Y la nieve cubría los senderos inundados de fango
Dispersando la muerte en forma de humo blanco
Que caía incesantemente sobre Alemania,
Y la lámpara que había de durar mil años
Bañaba su rostro con una luz aria y amarilla.

El rey de los Elfos

Otoño es el tiempo en que se quiebran los lirios
Por la heredad del silencio
Ciegos rostros dialogan con espejos.
El piano canta un lánguido acorde
En la pacífica, tan lejana provincia de la sífilis.
Gota danzante del rocío se acerca el impromptu como hojarasca terrosa
La fiebre: isueño febril de nocturnas
Hadas meciendo la balsa del cuerpo!
Los árboles agitan sus ramajes mudos
Por un sendero cabalga el rey de los Elfos
Marchitando con su cetro de terciopelo
La queja del niño en los arpegios:
—Padre, ¿no escuchas su voz entre la tormenta?
La tempestad extiende sus raíces profundas
Por el bosque, entre delirios de muerte.
Schubert empapa con vino sus labios hinchados
El rey de los Elfos cabalga a su morada...
Y escribe con mano temblorosa un pasaje.
—¿Acaso no lo escuchas padre?
Ya se acerca... es el rey de los Elfos cantando su balada
A lomo de la grupa de la muerte.

Casa Desolada

Fraguamos amplias soledades:

Las estatuas del jardín se visten de verdor

Su traje de geometría vegetal,

Tiempo que dibuja rostros.

Arañas de arcilla labran sus tramas

De esquina en esquina

Tejen ámbitos del recuerdo.

En la sala el espejo roto, candelabros, la herrumbrosa memoria

De rosas y siglos ennegrecidos por la luz.

Recorro tus cuartos, me recorro a mí mismo:

Hay décadas, casi centurias, entre el pozo y el aljibe;

El cáncer del olvido ha descascarado tus paredes,

Las claraboyas arruinadas despedazan el mediodía.

Repaso con ojos somnolientos

La patina arraigada en los retratos

Velo tormentoso que recubre rostros,

Mascaras mortuorias latentes todavía.

Con los muros agoniza mi memoria;

En los jardines donde enterrábamos los perros

El viento agita briznas de hierba, echa al vuelo dientes de león

Dispersa ruinas bajos las suelas de mis zapatos.

Invertir los granos de arena del reloj

Subir a la mansarda, buscar en los desvanes

Donde los fantasmas duermen su sueño

Recogiendo fragmentos de tiempo hecho trizas,

Azulejos del patio para su solitaria cena.

Haraganeábamos lanzando piedras al estanque

Matando los pájaros del tedio

Mientras se cocinaba un aroma cálido de tierra

En la cocina levantada sobre piedras.

Se desgarraban los limoneros,

Árboles de papayuelas llovían frutos dulzones:

En la boca el sabor dulce de inocencia parecía demorarse...

Ya la casa desolada, la habita

El viento de invierno y la hojarasca

Sólo encontraremos el reposo entre sus piedras.

Desarraigo

¿Qué es un poeta? Es un hombre desgraciado
que oculta profundas penas en su corazón»

Soren Kierkegaard

Por los surcos del invierno desperdiciamos

Lirios azules, quizá resecos,

Otoños,

Pero ya nos hemos olvidado de todo eso.

La noche que se rompe en nuestras manos

Una copa hiriendo alas, y el plumaje que arrastra un viento helado.

Humo de trenes, luna, testigo mudo

De nuestros pasos por la alameda solitaria que aborrecen los lobos.

¡Ya basta de espavientos!

Ven, desgracia, abre mis ojos a tu luz.

Derrama savia sobre mis flamantes harapos.

Disidente

A Lu Xiaobo

¿Porque fue cautivo el pájaro

Si el canta en la voz de la lluvia?

Corta su música, déjalo ser
Botas aplastando rostros y flores
No pueden caminar, no pueden bailar...
Secretarios ciegos escribiendo
cartas a los muertos:
Ellos no saben quién eres tú

Fata Morgana

Dice el filibustero: «A mis hermanas las ratas»:
Rasgad con vuestros dientes el telar de la soledad,
El niño deforme porta sobre una bandeja de plata
Un gesto, la dignidad mancillada.
¿Son esas risas, pasto o briznas, bajo sus duras botas?
Línea brumosa al horizonte,
Titiriteros nos tienden su celada,
La sal corona la cabeza de los condenados
Con fatuos castillos sin fantasmas.

La luz se teje sobre lienzo parduzco:
El cuerpo del truhan bajo la lupa del anatomista.

Los libros

La mano que empuña el arado te ha labrado
Eres imagen, voz, memoria
Tallada en el papel y en tinta de sangre.
Un hombre ciego con sus manos reseca de alfarero
Erige un rapto, una batalla y una huida,
También el mar y el retorno.
El florentino traza los círculos profundos del alma humana
De la mano del latino,
Siente el hálito de hielo y fuego del Hades;
Sube a la cumbre de luz bajo el faro de la amada.
Un caballero armado cabalga la estepa castellana
Tras entuertos y molinos:
¿Busca el amor o la locura?
El libro, ese laberinto de páginas
Andando por los vórtices oscuros de Dublín
Ebrio de sajón, latín y griego.

Al gárate en su propia barca
Ulises teje el mapa del universo
En unos ojos callejeros
Que apartan de repente la vista del relato.
Anulando brevemente la muerte
Mientras platica con fantasmas.

Oda a las puertas del segundo círculo

La lira de la noche canta una oda a los ignavos
Los caballos de espuma desbocan iras
Y al fin,
Estallan en fuego y manos trémulas.
Al despuntar Hesperos
Cronos devora sus hijos;
Cuando agujonea bajo el dintel
La purpúrea agonía,

Los ojos de madre destellan cuan Júpiter y Venus:

Y la muerte, ese derviche de seda,

Ha comenzado su danza circular y blanca.

Minos rasga el aire con su horrísono instrumento

Cual serpiente que señala el descenso de pavura.

“Lasciate ogni speranza voi ch’entrante”

Me dice en oscura letanía Auschwitz o el Averno.

Hay algo, un color daltónico, una música incierta de sirenas

Que nos lleva, a extraviarnos por tus valles,

Al reencuentro con lo que perdimos,

Cruzando el Aqueronte

Para soltar la mano de los muertos.

Los ignavos innominados, los indolentes,

Los muertos en vida, por arrogancia o impotencia,

Condenados a agotarla del otro lado del espejo

Verán eternamente un cielo sin estrellas.

Oh dorada y blanca placidez de los pliegues

Quietud, cándido rigor mortis:

¿En el pabellón —el eco, la luz del timbre— aun resuena?

Sí... Ahora Dios es el ausente

Su faz volcánica y furiosa, henchida de odios como un río,

O los ojos del niño con Ictiosis Harlequín.

La beodez sodomiza la razón,

La enfermera cubre su gesto con las manos:
Se suceden escenas del tríptico del Bosco
Y la locura en sus nupcias con la muerte,
En el podio de la Voluntad, mueve su bigote
Al compás de las trompetas de Mahler.
Gesticula, se agita y danza...
Convulsa, orgiásticamente
El fuego mirífico lo purifica todo
—fatuo, efímero y sarcástico—
Como flautas y violines en tono menor.

Shi Huang Ti

(Primer emperador de China)

El hombre de traje amarillo
Es el emperador.
Dice al mandarín: quemen los libros
Y caven una fosa:
sobre huesos mongoles erijan la muralla.
Planea su mirada bronceada como

Una grulla cazando en el Hoang Ho.
Talla el gesto marcial de sus guerreros
Y su epitafio sobre un lago de azogue.
Una daga herrumbrosa
Corta los melocotones,
Tiernos mantras del Buda dorado.
Sus rasgos de porcelana, verde jade,
Recorren el silencioso palacio
Buscando los tréboles del jardín;
Hallará la gloria: sutil y laborioso
Trazo de tinta en el pergamino.

Los Testamentos

La muerte es el horizonte que la barca
Ha de remontar algún día.
Silenciosa estepa nevada en el ánimo del lobo peregrino.
Son éstos los signos de lo finito
Los óbolos que pagan la travesía de Caronte

O el lomo de los perros del Itzcuintlán
Al arribo por fin al Mictlán, el inframundo.
La baza está sobre la mesa y los dados cargados:
Es la derrota semilla de la gran virtud
Cuando la cicuta adormece la voluntad
Y asedia, ígnea, la lágrima de la muerte
Sobre el frío abisal de su conciencia azul,
Fuego griego consumiéndose a sí mismo
Agonías fundidas en la paleta verde de los rostros,
Desesperación que crece y nos ahoga en su caudal.
Como la mano nevada de lepra que Yahveh
Hizo soñar a Moisés en el monte Horeb
Y la roca herida por el agua,
El cayado convertido en serpiente, las plagas y la ceguera.
Es la sangre en el dintel que proclama el
abrigo de Azriel, ángel de la muerte.

San Toulouse Lautrec

Los hijos de nadie se levantan al amanecer
Y sentencian su trámite sobre los primogénitos de leche de la luna
Colmillos blancos y afilados cocodrilos

Con sus estúpidos asuntos de muerte.
Estría en la garganta de Sodoma
y fragor de las quinceañeras sanguinolentas
Vibrátiles,
Diáfanos
culos cargados de voluptuosité.
En su parto sincopado expanden la araña nocturna
Ante la visión magnífica de los niños enanos y deformes
Bañados por el hisopo balsámico de los escupitajos en sus caras.
Un puñetazo rotundo, bosque de súplicas
Que se forja en la entraña
De los cuchitriles sórdidos donde leerán a Corbière o Lautremont.
Sobre la mesa extienden sus hinchadas manos grotescas
-delirios perdidos de Velázquez-
Y la danza argentina de los cuchillos,
bailarinas afiladas
Bebiendo sobre sus dedos rollizos.
-Ocultos cilicios expiatorios-
A nadie importan estos freaks letrados:
¡Oh san Toulouse-Lautrec!
Tus visiones apocalípticas: senos, nalgas
Mármol, catedral de apostasía,
Visión atroz, cálida y sibarítica.

Santo patrono de esos perrillos falderos
Bebedores de absenta, cadáveres de espina bífida,
Bastardos de las rameras del Moulin Rouge.
Tus pies recortados de marioneta sabia
Conceden un aura beatífica a Jean y Salomé
Cetrinas por las fiebres sifilíticas
Vírgenes bárbaras de tu credo cromático de tristezas.

Yom Kipur

“der Tod ist ein Meister aus Deutschland”

Todesfuge, Paul Celan

Asqueados de la sal y las cenizas
Quisimos increpar al viento, tomarle del cuello:
Un otoño alzamos vuelo, pájaros sin aire
Muertos en su primer vuelo
Asfixiados por la mano del juez que anula la memoria.
«¡No!» dice la mujer tres amargas veces
Increpando la nieve,
Trémulo vaho predecesor de tormentas.
Vuela al ras la golondrina,

Abre caminos ciegos.

En el borde del anillo medio del séptimo círculo

Yace el pan ácimo de la penuria.

Enterrados nuestros últimos dientes

Sobre el umbral ciego del Sheol,

Somos expulsados del seno de Abraham.

–Los cuervos graznan ahítos–

Heridos nuestros pies adormecidos,

Los enjugamos en esa leche del alba.

Hay caos, voces de réquiem, erguidas estrellas,

Bigotes, espectros de Brocken en la noche de Walpurgis.

¿Extrañaremos tus fríos pies de madrugada, oh muerte,

En el infierno de nuestras cabezas rapadas?

Kristall Nacht

–Un cuervo picotea con avidez–.

La noche es una serpiente que se expande
Atada a nuestra voluntad;
Es una campana que han dejado de tañer.
Escuchad el silbar pavoroso en la estación.
–Dos cuervos picotean con avidez–.
Recuerdo cuando cortábamos el pan, juntos a la mesa;
Ahora, un mendrugo en el bolsillo es todo cuanto hay.
«Ya ha de pasar la tormenta», nos decimos.
–Tres cuervos picotean con avidez–
Cristales rotos en la tienda de Saúl Stern:
«Oh Dios –se mesaba los cabellos– ¿dime dónde estás?»
Mientras un soldado rubio y ojiazul
Sonríe y hace alguna bufonada perversa.
Desde una ventana la música de violín
Y Bach, iluminan la noche y su aire perso:
Torvos se han trocado los ojos del destino.
Se oye a lo lejos un grito y un disparo
–Vuelan los cuervos en desbandada–,
Sobre la acera ya no queda nada.

Escopolamina

«Un día, en mis ensueños,

una joven con un salterio aparecía

llegaba de Abisinia esa doncella

y pulsaba el salterio»

Samuel Coleridge, Kubla Khan

Ya no recuerdo si era aquella mañana

Una mañana –vivida o delirada–

Al sol bajo el cerúleo cielo;

Los nenúfares y margaritas concéntricas

Inclinaban sus amarillas cabezas de Van Gogh

El mundo adormecido por las ventanillas

Entre el delirante vértigo del sueño,

Bestia rumiante de las horas,

Ciego néctar cayendo a mis pies

Como acordes de un rasguear distante:

¡Aquel sórdido golpe de dados

–Baza impredecible, tahúr ciego–

Jugando mi suerte en los dedos de la muerte!

Canción nocturna

Brillan las estrellas en el sin tiempo
de la noche eterna e irrepetible.
¿Qué innúmera sucesión de muertes y vidas
Han visto devenir hacia el sueño de la nada?
Indiferentes a los humanos asuntos,
Como alabastro que va tallando el viento,
Ese errante peregrino del norte.
El efluvio de los siglos viene hacia nosotros,
Poderoso igual que un águila bicéfala.
Toda nuestra belleza y nuestro conocimiento
No nos equipara al golpe de vista de la finitud abstrusa.
Hay que levantar a los durmientes de sus cenotafios
Es la noche en que agoniza el fuego
Y el agua lustral no ahuyenta el fantasma de la melancolía.
Las horas darán el hígado incesante
De Prometeo a los buitres insaciables.
Una estrella nos traerá como maná la leche de Hera.
Levantad a todos a que vean el perfil de la noche.

Mis ojos se abrirán al esplendor deslumbrante del dolor

Mis ojos se abrirán al esplendor deslumbrante del dolor

En la exultación sangrante del tiempo y de las noches,

Mi cuerpo será el límite entre la contingencia y los placeres.

Una creciente de soledad arrecia,

Rasgando los valladares,

Echando por tierra los estandartes de la consunción de mi espíritu.

La certeza de sentirnos idénticos,

A las infinitas máscaras de Shakespeare

Y las huestes de Aníbal y Pompeyo

Retozando en las áureas playas de Cartago

O fornicando en sórdidos burdeles romanos.

¿Acaso la rosa mística no florece incesante;

Y las esperanzas no soportan hasta su último grano de arena,

Perseverando hasta consumirse?

Rasgo mi túnica por el júbilo que se niega a la agonía

Junto a las afiladas caderas de una nífula de mármol.

El sol distante, incesante eremita de fuego,

Exiliado titán que se consume,

Cuando muere la belleza

En la enredadera rubia de sus cabellos de hiedra.

El Cortejo

...Palida mors...

Horacio

Avanza un cortejo,

Entre ataúdes finamente tallados

Átropos afila sus tijeras,

Hay aleteo de lechuzas,

Cae una llovizna como música de laúdes

Negro tenebrario de plata.

Rueda imponente el fúnebre carruaje:

Negros caballos y crespones

Y negras mulatas plañideras,

Lágrimas negras y crisantemos

Habrán de verse en el cortejo.

Jubiloso el aguardiente

Las jácaras, voces glisando melodías de azabache,

Sinuosas serpientes de un blues del Missisipi.

Abren la tapa y los labios tumefactos

Parece que libaran el néctar ardoroso.

Ya viene la parca ebria y fastuosa,

Arrogante, cabalgando en un rampante semental negro

Blandiendo su hoz bruñida.

«¡Clam, clam, clam!», va riendo sobre la grupa.
Su hoja relumbrante rasga el velo de la noche.
¡Permitan que me burle hoy de la muerte —dice el panegirista—
Ella ha tenido ya tantas victorias
Que está hastiada de sus triunfos!»
En las bodas místicas de Tánatos y Cronos
Y el gran festín de los gusanos,
Un haz de luz revela bajo el polvo el ropaje de los muertos.
Un camafeo centenario el día de difuntos,
Que la pálida y sarcástica muerte inmarcesible
Robará ebria, galopando el potro ígneo del licor
Calle arriba, diciendo al lúbrico son de zarabanda:
«También esto es mío, otro botín de mis dominios».

Abrazos

No he venido a abrazar los árboles
Sino a los muertos
A desenterrar sus ropas polvorientas,
A besar sus labios putrefactos
Ornados de gusanos,
Y acogerlos entre mis brazos para escuchar de su voz yerta,
Esa sórdida balada con regusto a liturgia.

Los escucho, los he escuchado siempre

A solas conmigo mismo

Cuando del otro lado de la tapia de los cementerios

Canta un coro de sombras sepias,

Entre labios violetas que murmuran:

«Somos vuestros muertos».

En su conjura y su silencio elocuente

Duermen ya bajo esa larga y sombría alameda.

Índice

Paseo nocturno	4
Canción de las muchachas extravagantes	7
Romance del Guernika	9
El bosque y la muerte	11
Estación	13
Las Campanas	15
Espejismos en una noche de abril	18
El poeta de la muerte	23
Sibelius	25
La lámpara	26
El rey de los Elfos	28
Casa desolada	30
Desarraigo	33
Disidente	35
Fata Morgana	36
Los libros	37
Oda a las puertas del segundo círculo	39
Shi Huang Ti	42

Los testamentos	43
San Toulouse Lautrec	45
Yom Kipur	48
Kristallnacht	50
Escopolamina	52
Canción nocturna	53
Mis ojos se abrirán al esplendor deslumbrante del dolor	55
El Cortejo	57
Abrazos	59